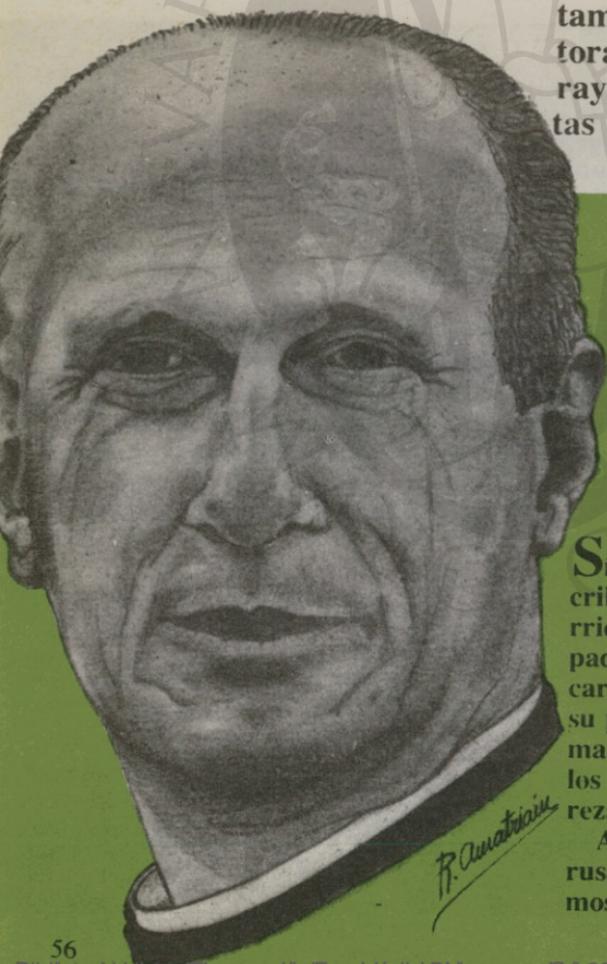


El Cardenal Etchegaray en Torreciudad

El Presidente de la Conferencia Episcopal francesa y Arzobispo de Marsella, Cardenal Roger Etchegaray ordenó sacerdotes, el pasado 30 de agosto, a un grupo de socios del Opus Dei, procedentes de

dieciséis países de Europa, Asia y América. Dominique Le Tourneau traza para Nuestro Tiempo un perfil biográfico del arzobispo de Marsella, Jesús Díaz resume la homilía que pronunció en la ceremonia. Ofrecemos también un breve texto pastoral del Cardenal Etchegaray que recoge algunas facetas de su pensamiento.



Voy adelante, como un borrico...

Sí, como ese animal que así describe un diccionario bíblico: «El borrico de Palestina es muy vigoroso, padece poco el calor, se nutre de cardos; la forma de sus cascos hace su paso muy seguro; finalmente, su mantenimiento cuesta poco. Sus solos defectos son la tozudez y la pereza.»

Adelanto, como el borrico de Jerusalén que sirvió —un día de Ramos— de cabalgadura real y pacífica

Parc des Princes, 1 de junio 1980: desde el primer instante Juan Pablo II se ha ganado el corazón de 50.000 jóvenes pendientes de sus palabras. Al hablar de su elección a la sede de Pedro, cita a los cardenales presentes que participaron en ella; los demás —que no estaban todavía purpurados— «son —dice— unos jóvenes cardenales». Entre ellos, el cardenal Roger Etchegaray, quien participaba del entusiasmo general, con la juventud de espíritu y de corazón a la que aludía el Papá.

Nacido en Espelette (Pyrénées Atlantiques), en pleno país Vasco-francés, el 25 de septiembre de 1922, no ha cumplido los 25 años cuando es ordenado sacerdote. Muy rápidamente sus cualidades sacerdotales, su ardor en el trabajo y su simpatía humana hacen que se le confíen responsabilida-

des cada vez más elevadas. Fue doce años secretario del Obispo de Bayona y Vicario general de dicha diócesis. En 1961 pasa a ser director-adjunto del Secretariado del episcopado, encargado de las cuestiones pastorales. Trabaja en el Secretariado pastoral del episcopado —del que es Director— hasta 1969, año en que es nombrado Obispo auxiliar de París. Desde diciembre de 1971 es arzobispo de Marsella. A nivel nacional, cabe destacar su elección —y posterior reelección— como Presidente de la Conferencia episcopal francesa, cargo en el que sucedió al cardenal Marty en 1975.

SERVICIO A LA IGLESIA

Para una persona que se entrega plenamente a su tarea, todas estas responsabilidades le darían un

al Mesías. Poca cosa sé, pero sé que llevo a Cristo sobre mis espaldas y por ello estoy más orgulloso de ser borgoñón o vasco. Le llevo pero es El quien me guía: sé que me conduce hacia su Reino y tengo confianza en El.

Voy adelante a mi paso. Por caminos empinados, lejos de esas autopistas donde la velocidad impide distinguir la montura del jinete. Cuando tropiezo con una piedra, zarrando a mi Maestro, pero nada me reprocha. Su bondad y su paciencia conmigo son para maravillarse: me deja tiempo para saludar a la bellísima burra de Balaam, para soñar ante un campo de espliego, y hasta para olvidar que Le llevo.

Voy adelante, en silencio. Es increíble cómo sin hablar nos entendemos; además cuando me susurra unas palabras al oído no oigo demasiado. La única palabra suya que he

entendido, parecía ser sólo para mí y puedo testimoniar sobre su verdad: «Mi yugo es suave y mi carga ligera» (Mat. XI, 30). Como cuando llevaba alegremente a su Madre, camino de Belén, una noche de Navidad. Jules Supervielle, el poeta amigo de los borricos, lo adivinó a la perfección: «Pesaba poco, porque sólo se ocupaba del porvenir en Ella».

Voy adelante, con alegría. Cuando quiero ensalzarle, armo un revuelo de mil demonios, canto desafinado. Entonces El ríe de buena gana, con una risa que convierte las carrilladas en pista de baile y mis cascos en sandalias de viento. Estos días, les aseguro que recorreremos un largo camino.

Voy adelante, voy adelante como un borrico que lleva a Cristo sobre sus espaldas. ■

R.E.



La homilía en Torreciudad

El Cardenal Etchegaray comenzó expresando su profundo gozo por la ordenación sacerdotal que inmediatamente iba a tener lugar. Poco después, habló a los ordenandos de su misión, con palabras del Fundador del Opus Dei, Monseñor Escrivá de Balaguer: «Esta es la identidad del sacerdote: instrumento inmediato y diario de esa gracia salvadora que Cristo nos ha ganado».

A continuación, señaló tres rasgos

centrales de esta misión sacerdotal, según el decreto conciliar *Presbyterorum Ordinis*, en el que trabajó mucho —añadió el Cardenal— mi amigo don Alvaro del Portillo, actual Presidente General del Opus Dei: el carisma del discernimiento, es decir, la tarea de aplicar la verdad permanente del Evangelio a las circunstancias concretas de la vida; el perdón redentor de Cristo que se hace contemporáneo a todo hombre,

trabajo más que suficiente. Sin embargo, sus múltiples intervenciones en distintas sedes le han acarreado otras tareas en servicio de la Iglesia. Preside el Consejo de las Conferencias episcopales de Europa de 1971 a 1979; Pablo VI le nombra miembro del Secretariado general del Sínodo de los Obispos en 1977 y Juan Pablo II le incorpora a la Comisión mixta católica-ortodoxa para el diálogo teológico: a las pocas semanas, en la catedral ortodoxa de Patras, entregaba el Hierarca Nicodimos la cruz de San Andrés, venerable reliquia que había sido custodiada durante siete siglos en la Abadía de San Victor en Marsella. Más

allá del alcance ecuménico de este gesto, quizás su hondo sentido poético y su amor por el arte se despertaban en él, frente a Lepanto y Misolungi, en la antigua Acaya.

Es el 30 de junio de 1979 cuando Juan Pablo II le nombra cardenal. Cuarto arzobispo de Marsella, es el primero en acceder a esta dignidad suprema. También, cuando el 27 de febrero del año siguiente llegaba a Pekín, era el primer alto dignatario de la Iglesia católica en ser oficialmente admitido en la China comunista. A su regreso comentaba: «No es fácil que ese país llegue a entender el carácter universal del catoli-



a través del Sacramento de la Penitencia; la celebración de la Eucaristía, por la que el sacerdote convierte el pan y el vino en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo.

Al término de su homilía el Cardenal dijo que hoy —más que en cualquier época— la humanidad tiene necesidad, para descubrir el sentido de su caminar, de la claridad sin sombra del mensaje de Cristo. Con el Santo Padre Juan Pablo II os digo:

«No perdáis jamás de vista el motivo de vuestra ordenación: hacer avanzar a los hombres en la vida divina». Acudió a María, en este Santuario de Torreciudad, señalando que los fieles aseguran su alegría y su esperanza, cuando saben dar a la Madre del Salvador el lugar que su Hijo le ha otorgado desde lo alto de la Cruz.■

J.D.

cismo y el papel unificador que tiene que jugar el Obispo de Roma (...) Mi presencia ha constituido una primera señal de nuestra voluntad de diálogo».

Este espíritu de diálogo —y la consiguiente apertura de espíritu a los elementos dispares que componen el mundo contemporáneo— empapan su quehacer diario y contribuyen a su popularidad. Reserva, por ejemplo, una mañana entera cada semana para recibir —sin previa cita— a todos los que quieren: «Aprendo mucho con estos variados contactos». También sus enseñanzas gozan de una muy amplia audiencia, gracias, entre otros, al **billet** semanal que

escribe en el Boletín diocesano bajo el lema paulino «A tiempo y a destiempo».

Quizá la clave de esta intensa actividad nos la revela el mismo cardenal Etchegaray cuando dice que sus jornadas «empiezan temprano con la oración y se acaban tarde en el silencio del oratorio donde —me atrevo a decir— vivo el momento de más intensidad, cuando la adoración eucarística, uniéndome a la pasión, a la paciencia de Dios, da toda su cohesión, su dinamismo y su esperanza pascual al desmenuzamiento de una jornada».■

D.T.